

A

puntos para
desnudar un mito

Chile Actual: Anatomía de un mito es un libro que nos revela de forma creativa y singularmente aguda la realidad política, económica y, sobre todo, la dinámica social de un Chile maquillado por el éxito neoliberal. El sociólogo Tomas Moulian, autor de este libro, lo describe como un libro escrito al revés, comienza presentándonos las condiciones en las que vive el Chile Actual, para luego realizar una revisión histórica de su evolución partiendo de las primeras semanas después del golpe de Estado en 1973 y terminar de nuevo en el momento de la actualidad chilena, revelando la principal característica que distingue al Chile Actual: el gatopardismo, que demuestra que en el Chile de la posdictadura todo ha cambiado, para que todo siga exactamente igual.

Entre las virtudes de este trabajo se encuentra el uso del lenguaje metafórico utilizado por Moulian, que en momentos llega a esbozar una especie de metalenguaje propio del escrito, el cual logra mantener la agudeza del análisis sociológico sin perder de vista los aspectos más subjetivos de los sentimientos humanos, haciendo de esta manera que el lector perciba cercanas las realidades del sistema sociopolítico chileno antes, durante y después de la dictadura. El miedo del individuo y de la masa como respuesta al terror del Estado, la des-

MARIO EDGAR
LÓPEZ RAMÍREZ ♦

Tomas Moulian
*Chile Actual:
Anatomía
de un mito*

♦ Profesor del ITESO
y asistente de
investigación de la
División de Estudios
de Estado y Sociedad
de la UdeG



trucción del espíritu como objetivo último de la tortura, el olvido de la historia por parte de los chilenos como condición para mantener el desarrollo actual de Chile, la simulación de éxito personal como necesidad para sobrevivir en una sociedad de aparadores y de envases son combinados con cifras económicas, revisión histórica de las ideologías en Chile, conceptualizaciones sobre el derecho, el Estado benefactor, el populismo, el neoliberalismo y la democracia, creando un esfuerzo novedoso por presentar todos los aspectos de un mito fundado sobre la estrecha relación entre la estructura de poder y el hombre.

Es el propio Moulian quien transforma el término de “Chile Actual” en toda una categoría sociológica, que logra abarcar una visión institucional, ética y estética de la actualidad chilena. Esta categorización representa la primera gran aportación que nos ofrece el texto, es decir: la necesidad de plantear una distinción entre el Chile de ayer, el cual recoge el pasado de prácticas electorales más o menos abiertas, llega a la fiesta democrática donde es elegida la Unidad Popular con Salvador Allende a la cabeza, pero termina como un aborto violento el día del bombardeo al Palacio de la Moneda; y el Chile contemporáneo, producto de una revolución capitalista en toda la extensión de la palabra, legitimado por una hábil dictadura militar que utilizó complejos mecanismos de dominio pero que, en su momento, también fue capaz de transitar hacia un “ablandamiento” a través de reformas constitucionales y de una parca tolerancia a la oposición partidista, teniendo como fin de este transformismo tecnocrático la idea de mantener el mismo *status quo* de la etapa dura chilena,

planteando solamente un cambio de escenario, mas no de proyecto de país.

Lo que ha quedado en el Chile Actual, comenta Tomas Moulian, es finalmente una definición rígida de lo que es –y debe ser– Chile hoy en día y en el futuro, según los constructores del autoritarismo dictatorial: Chile es el país que Pinochet construyó y eso deberá seguir siendo, por el bien de Chile. Para estos edificadores, así como para sus nuevos aliados de la antigua oposición radical, la negación de este modelo pinochetista de nación implicaría la negación a la esencia del ser chileno mismo, ya que, sea que se acepte abierta o tácitamente esta idea, todos los actores políticos de Chile se comportan como si no existiera un proyecto alternativo fuera del neoliberalismo introducido por el dictador.

Los ciudadanos *credit-card* y la democracia protegida

La diferencia que distingue al Chile de ayer del Chile Actual se refleja por lo menos a través de dos vertientes claves: el tipo de ciudadano que forma hoy en día a la sociedad chilena y el tipo de democracia que se practica en el sistema político nacional, producto del transformismo de la posdictadura.

La primera vertiente de contraste –la de la ciudadanía– es el factor más impactante del Chile Actual, por ser el más masivo y por representar la asimilación social del proyecto pinochetista de país, ahora transformado en el proyecto de la nación entera. La ciudadanía chilena, en la actualidad, puede dividirse en dos grupos calificados de personas, uno que incluye a los individuos que sim-

plemente son considerados como “ciudadanos electorales”, los cuales por definición toman identidad real sólo en periodos de votación, encontrando su razón de ser en la medida en que forman parte de las cifras y cuya mayor virtud es la posibilidad de provocar variaciones en la élite del poder; éstos son ciudadanos prescindibles el resto del tiempo interelectoral. El otro tipo de personas son los ciudadanos que han comprendido que el proyecto pinochetista, neoliberal, es en sí mismo la esencia del Chile Actual, la condición natural de la nación, la cual quiso ser pervertida “contra natura” por los planes socialistas de la Unidad Popular; estos ciudadanos son denominados por Moulian como los ciudadanos “*credit-card*”, los ciudadanos verdaderamente importantes, integrados a la aparente dinámica del Chile exitoso, identificados por una señal: su dependencia del crédito bancario.

Dominados por el crédito, comprometidos con exigencias individualistas de trabajo a fin de sustituir las aspiraciones de mejor salario por las aspiraciones de un mejor crédito; sometidos por la promesa del consumo inmediato que permite el prestigio social de poseer por medio del dinero plástico, el ciudadano *credit-card* ha sustituido la vía de la organización social –especialmente de la organización sindical– por la vía del individualismo laboral no conflictivo; su deseo principal: llegar a formar parte de la meritocracia de trabajadores ejemplares que, siendo premiados por la empresa, mantienen sus puestos de trabajo y sueñan con recorrer lo más que se les permita del escalafón empresarial, con el fin de ser capaces de pagar sus deudas pero también de continuar endeudándose a través de los variados requisitos del crédito.

Este tipo de ciudadano tiene que subordinar sus estrategias de conflicto a sus estrategias de supervivencia como asalariado. El sindicalismo, calificado de anacrónico y peligroso por los nuevos conceptos de flexibilidad empresarial, no debe existir entre las posibilidades del trabajador neoliberal. La ciudadanía crediticia garantiza de ese modo la despolitización del mercado y también del Estado, ligado directamente a la idea del consumo y su doble faz: una como mecanismo sutil de dominio y domesticación, otra como conexión con el placer individual. El consumo consigue, entonces, unir las dimensiones particulares de lo ético y lo político a favor del modelo económico.

Si la organización social es el sacrificio propiciatorio de la ciudadanía neoliberal, la política como deliberación de ideas es el sacrificio presentado a la democracia chilena. La democracia legada por la dictadura pinochetista al reformismo constitucional de los años ochenta es denominada como “democracia protegida”, es decir, una democracia dirigida al más puro estilo conservador, donde el bien común –que equivale directamente al modelo neoliberal según la definición del Ser de Chile, hecha por la dictadura– funge como un subordinador de cualquier discusión ideológica en aras de la paz social, la cual mantenga confiado al inversionista. En este sentido, la democracia chilena equivale a la muerte de la política en su sentido liberal: la libre exposición de las ideas, con variados puntos de vista y en un marco de tolerancia, es peligrosa en tanto que expone al Estado a escenarios de inestabilidad, cuando no de ingobernabilidad, lo cual no conviene a la nación chilena.

La existencia de la democracia dependerá siempre del consenso sumiso de las fuerzas políticas,



habrá que hacer coincidir al pueblo con el proyecto y no al proyecto con el pueblo; de no darse esta coincidencia, la represión que permita de nueva cuenta el orden social volverá a ser un deber de los notables que residen en la cúpula y que copulan entre sí: militares, empresarios e intelectuales.

La condición necesaria para mantener la democracia protegida en el Chile Actual es el olvido. Moulian comenta: “Para algunos, a veces las propias víctimas, olvidar es vivido como el descanso, la paz después de largos años de tensión”. Recordar el horror, las torturas, la represión, la violación a los derechos humanos, podría dividir a la sociedad del Chile Actual; lo mejor es olvidar ese tiempo saturado de luto; entre otras cosas para que la conciencia del mito chileno no despierte en la sociedad y la vergüenza no aparezca dentro de los antiguos enemigos antinaturales que, después de recuperar el camino perdido por el lapsus de la Unidad Popular, hoy tienen la oportunidad de cenar con los generales en calidad de senadores de la República. El olvido garantiza el “blanqueo” de Chile, es decir, la complicidad política con el proyecto neoliberal cubierta de un discurso transformista.

En este sentido, la ideología neoliberal se presenta como la única condición de subsistencia y existencia social en Chile, el neoliberalismo es tomado como paradigma utópico, por encima de cualquier sistema político, incluso por encima de la democracia. Al ser paradigmático, el neoliberalismo descarta la posibilidad de que otras vías ideológicas representen alternativas de nuevos arquetipos sociales; el futuro político, por lo tanto, se transforma en una incesante repetición de lo mismo. La democracia es conveniente en tanto reproduzca

con exactitud esas premisas de ideologización total hacia el neoliberalismo, y desideologización de la política en lo que respecta a otras corrientes, incluso a aquéllas que se presenten como viables más allá del reduccionismo socialista moderno.

**La revolución capitalista:
terror, derecho y saber**

¿Fue la dictadura chilena un modelo fascista como lo consideró en su momento la Unidad Popular?; para Tomas Moulian es aquí donde radica uno de los principales problemas de la oposición de izquierda en Chile: la dictadura chilena no fue fascista, sino que representó una verdadera Revolución capitalista.

Si bien, calificar como fascista a la dictadura chilena le permitió a la oposición de izquierda un grado alto de convocatoria en el ámbito internacional, en la medida que reanimó sentimientos de unidad con otras fuerzas políticas mundiales, el costo pagado por nombrar de esta forma a la dictadura fue profundo hacia la escala nacional. La oposición no comprendió la dinámica del adversario, por lo cual no pudo plantearse las estrategias adecuadas para combatir a la estructura de poder dirigida por los militares, pero respaldada por concepciones intelectuales que se presentaban como científicas. A diferencia del fascismo nacionalista, protector del mercado interno, reivindicador de un desarrollo tardío por la fuerza de las armas y justificador del crecimiento geopolítico del territorio, el proyecto chileno no pugnó por la cerrazón económica, sino que al contrario, fomentó la liberalización del mercado, al tiempo que sedimentaba el cepo político.



En un primer momento, la dictadura militar se vio enfrentada a una disyuntiva sobre el carácter final que debía poseer el sistema sociopolítico-económico de Chile después del golpe, ¿debía ser una restauración o una revolución?. Una restauración implicaba una vuelta atrás, una recomposición histórica que incluía una variante sistémica: el dejar fuera las aristas radicales que había significado el gobierno de la Unidad Popular. La restauración era únicamente una corrección del rumbo. Por otra parte, una revolución implicaba una “refundición”, un nuevo fundamento, una reinención total de Chile. Solo una revolución justificaba un grado de violencia corporal y psicológica tan alto como el utilizado por el golpe, esto en la medida en que la violencia se plantea como una necesidad dentro de una coyuntura revolucionaria, ya que implica una remoción del poder político desde sus bases. La elección de la dictadura fue por la vía de la revolución, lo que había sucedido en Chile era una refundición; había que inventar Chile o, más bien, había que reencontrar el Chile original –natural– que se había perdido en el espejismo socialista-democrático.

Una vez resuelta la disyuntiva sobre la forma, restaba definir el fondo de esta revolución. La elección fue sencilla: sería una Revolución capitalista. En realidad no podía ser otra cosa en el marco de la Guerra Fría, pero esto no fue entendido por la oposición izquierdista, que siguió llamando fascismo a la dictadura incrementando con ello el terror a un Estado omnipotente, cuyo Hitler era Pinochet.

La Revolución capitalista chilena se fundamentó en tres mecanismos de dominación: el dispositivo terror, el dispositivo saber y el dispositivo dere-

cho. El más importante de los tres fue el dispositivo terror; a él se subordinaron los otros dos dispositivos. El terror utilizado por la dictadura fue impersonal, de ahí su gran fuerza de legitimación frente a los ejecutores de ese terror: el uso del miedo tenía como objetivo la búsqueda del bien común, no era maldad desbordada, era la corrección necesaria a los violadores del orden. Por esa razón no existió ninguna contradicción de proyecto cuando la dictadura se autodenominó cristiana.

Las formas que tomó el terror fueron varias: los ejecutados con ensañamiento, es decir, el castigo brutal sobre el cuerpo, el espectáculo del odio sobre la piel y las vísceras de un número determinado de cuerpos que fungieran el papel de ejemplos sociales, vueltos símbolos tirados sobre la calle, escarmentando solos y acompañados sobre los basureros urbanos; los detenidos-desaparecidos, seres sin sepultura que permitían a la omnipotencia del Estado hacerse sentir incluso entre los familiares de las víctimas, alargando la angustia a los círculos cercanos al desaparecido, eternizando el dolor de no ver nunca un cuerpo muerto –¿descansando?– aunque fuera en pedazos; finalmente los torturados, cuyo propósito no era solamente la humillación física, sino el ultraje del espíritu, la violación del hombre en cuanto a ser, el recuerdo siempre presente que con el poder no se juega. El terror es el gran sustento en el que está fundado el Chile Actual.

El dispositivo saber consistió, en primer lugar, en la negación de los otros saberes: nada fuera de los axiomas propuestos por los liberales Friedman y Harberger era verdad; la verdad científica estaba en el liberalismo monetarista. Moulian escribe:

“El dispositivo saber operó como régimen ortodoxo de verdad y aplicó toda su capacidad estigmatizadora. Aquéllos que se atrevieron a criticar fueron colocados “fuera de la razón”. Se les clasificó como estatistas o socializantes; se les motejó como ignorantes, “desconocedores de la ciencia económica”. El dispositivo saber transformó toda la ética y la estética chilena existente durante la dictadura, cuya influencia llega hasta el Chile Actual. Implicó una reeducación en valores, una limpieza conceptual de las nuevas generaciones.

Por su parte, el dispositivo derecho convirtió las verdades ideológicas del dispositivo saber en sistema de deberes y obligaciones; tendió el ceпо jurídico represivo, perfeccionando la capacidad de coacción estatal a través de dos mecánicas: la capacidad de subjetivizar las razones políticas para los estados de excepción constitucionales y el poder de renovarlos por medio de un órgano no representativo de la ciudadanía, ya que el congreso era inexistente. A cada situación de excepción constitucional que permitía derogar las garantías individuales correspondía un “estado” especial: ante la guerra externa se podía dictar el estado de asamblea; ante la guerra o conmoción interna se podía decretar el estado de sitio; ante la subversión latente se podía dictar el estado de defensa contra la subversión y ante el estado de calamidad pública se podía dictar el estado de catástrofe. Todos estos estados entraban en vigor según la discrecionalidad del poder, no en tanto eran hechos consumados, sino en tanto la dictadura los pudiera percibir como una posibilidad, como la amenaza por venir.

La dictadura chilena, pues, no fue fascista. Fue una revolución en tanto que removió el orden anti-

guo inmediato con el fin de encontrar la esencia de Chile, según los científicos sociales de la dictadura; fue una revolución capitalista debido a su aceptación de los valores del libre mercado y la implantación de la dinámica racional propia del capitalismo mundial integrando a Chile con el mercado internacional.

Si bien en Chile el dispositivo del terror ha decrecido, incluso desaparecido por el maquillaje de la democracia protegida, los dispositivos saber y derecho continúan como las extensiones lógicas engendradas del terror, siendo la garantía de que el proyecto del Chile Actual perdurará hacia las nuevas generaciones, las cuales tienen el deber de olvidar el pasado, con sus muertos, sus torturados, sus violentados, a fin de abrirse de cara al futuro que le pertenece a la nación. Pero el círculo vicioso se cierra dictatorialmente: si las nuevas generaciones negaran los dispositivos saber y derecho dejados por los padres fundadores, el terror deberá reaparecer por el bien del país para restablecer las bases naturales de orden en las que debe ser construida la sociedad. En Chile, el autoritarismo es un fantasma destinado a recorrer siempre las calles.

Conclusión

Al Chile Actual se le ha negado la capacidad de recordar, pero además los chilenos han aceptado olvidar conscientemente. El pasado deberá ser estático y sólo comienza con el contrato social surgido de la posdictadura –la amnesia devorará a Chile. No obstante, la alternativa está precisamente ahí para Tomas Moulian: se necesita recordar, lo cual implica el valor de sobrepasar el cerco ideológico



que ha sido impuesto en las conciencias de los chilenos; se necesita recordar para poder reconstruir sin temor a estar negando una esencia. Nada es esencial en la sociedad, no hay modelos únicos, los modelos sociales se contruyen, se acuerdan por medio de convenciones y para ello se discute, se proyecta, se confrontan ideas. “Pero el Chile Actual ha logrado sacralizarse, ha sido consagrado como natural. Esta operación nos niega el derecho al futuro...”, nos dice Moulian y concluye: “Mientras permanezcamos ahí, en este nuevo paganismo que considera lo social como lo sagrado, podremos tener historia (pues ésta nunca termina) pero habremos renunciado a la historia. Habremos renunciado a la esperanza del Nuevo Mundo”. Hace falta un libro como el de Tomás Moulian para toda América Latina. 📖 📖